



desdelosimple

Para contemplar la vida

Domingo XXXIV del Tiempo Ordinario

Solemnidad Cristo Rey del Universo

Ezequiel 34, 11-12.15-17; Salmo 22; 1 Corintios 15, 20-26.28; Mateo 25, 31-46

Noviembre 22 del 2020

El Rey que es pastor y juez

Fr. Duberney Rodas Grajales, O.P.

Tal vez alguien recuerde “Risk” el juego de la conquista estratégica, o haya dedicado días a ver la serie “juego de tronos”. Estas dos iniciativas, nos ayudan a imaginar un poco lo que significa la conquista de territorios. Allí lo fundamental es quien utiliza la mejor estrategia para lograr dominar a los demás, en ellas recurren toda clase de engaños. Una situación que nos recuerda que cuando pensamos en el Reino de los cielos, predicado por Jesús, o nos encontramos celebrando esta Solemnidad de Cristo Rey del Universo, estamos en un ámbito totalmente distinto. Aquí, el Reino, no es un territorio, o una realidad a conquistar, sino un don que debemos aprender a recibir y a servir. Esta inversión corresponde a entender que Cristo Rey del Universo, ejerce su reinado de una manera que nos sorprende, hasta tal punto de despertar el agradecimiento que nos conduce a vivir su bondad. Acerquémonos a la liturgia de la palabra que en este año nos presenta la oportunidad de considerar a Cristo ejerciendo su reinado como pastor y juez.

Como pastor, es necesario encontrar en su predicación el cumplimiento del deseo del Padre, quien se ha presentado por boca del profeta Ezequiel con estas palabras: “Yo mismo iré a buscar a mis ovejas y velare por ellas” (Ez 34,11). Algo particular de su Reinado, es que Jesucristo, es un Rey que suele caminar con su pueblo, curando sus enfermedades y sirviéndole. Es de esta manera como confunde a los poderosos de este mundo, no busca conquistar territorios, o sacar sus riquezas, sólo busca discípulos que se entreguen al servicio del Padre. No descansa nunca en su tarea. San Pablo, dirigiéndose a la comunidad de Corinto, nos llena de esperanza recordándonos que El sigue ejerciendo su reinado en medio del mundo, nunca nos ha dejado solos, permanece sosteniendo su obra hasta que “entregue el Reino a su Padre”. Para que Cristo cumpla con su misión, el Espíritu nos mueve para que podamos conocer el motivo por el cual le declaramos Rey. Así ha inspirado a la Iglesia para establecer esta fiesta por medio del magisterio de Pío XI, quien hablando del fundamento para llamar a Cristo Rey, nos dice:

Ha sido costumbre muy general y antigua llamar Rey a Jesucristo, en sentido metafórico, a causa del supremo grado de excelencia que posee y que le encumbra entre todas las cosas creadas. Así, se dice que reina en las Inteligencias de los hombres, no tanto por el sublime y altísimo grado de su ciencia cuanto porque Él es la Verdad y porque los hombres necesitan beber de Él y recibir obedientemente la verdad. Se dice también que reina en las voluntades de los hombres, no sólo porque en El la voluntad humana está entera y perfectamente



sometida a la santa voluntad divina, sino también porque con sus mociones e inspiraciones influye en nuestra libre voluntad y la enciende en nobilísimos propósitos. Finalmente, se dice con verdad que Cristo reina en los corazones de los hombres porque, con su supereminente caridad y con su mansedumbre y benignidad, se hace amar por las almas de manera que jamás nadie —entre todos los nacidos— ha sido ni será nunca tan amado como Cristo Jesús. Mas, entrando ahora de lleno en el asunto, es evidente que también en sentido propio y estricto le pertenece a Jesucristo como hombre el título y la potestad de Rey; pues sólo en cuanto hombre se dice de Él que recibió del Padre la potestad, el honor y el reino; porque como Verbo de Dios, cuya sustancia es idéntica a la del Padre, no puede menos de tener común con él lo que es propio de la divinidad y, por tanto, poseer también como el Padre el mismo imperio supremo y absoluto sobre todas las criaturas. (Pío XI, Quas Prima, Diciembre 11 de 1925, n. 6)

Por otra parte como juez supremo, el relato de Mateo (25, 31-46) nos recuerda que Jesús, el Hijo del hombre, el juez último de nuestra vida, ha querido tomar el rostro de los hambrientos y sedientos, de los extranjeros, los desnudos, enfermos o prisioneros, en definitiva, de todos los que sufren o están marginados; lo que les hagamos a ellos será considerado como si lo hiciéramos a Jesús mismo. Que maravilloso intercambio, de esta manera entendemos el énfasis puesto en el servicio a los hermanos, nos recuerda la vigilancia en la que debemos permanecer para que su llegada no nos encuentre durmiendo. Proclamar a Cristo como Rey del Universo, es entender que aceptando los dones que de Él recibidos y poniéndolos al servicio de los hermanos, podremos ser reconocidos como ovejas de su rebaño. Esto se convierte un desafío importante para la vida de todo bautizado. Así lo recuerda Benedicto XVI:

Aún hoy, como hace 2000 años, acostumbrados a ver los signos de la realeza en el éxito, la potencia, el dinero o el poder, tenemos dificultades para aceptar un rey así, un rey que se hace servidor de los más pequeños, de los más humildes, un rey cuyo trono es la cruz. Sin embargo, dicen las Sagradas Escrituras, así es como se manifiesta la gloria de Cristo; en la humildad de su existencia terrena es donde se encuentra su poder para juzgar al mundo. Para él, reinar es servir. Y lo que nos pide es seguir por este camino para servir, para estar atentos al clamor del pobre, el débil, el marginado. (Homilía, noviembre 20, 2011).

Esta solemnidad nos permite reconocer que el verdadero agradecimiento que surge de sabernos amados, pastoreados y protegidos por Dios, se evidencia en el servicio unos a otros: “Les aseguro que, que cuando lo hicieron con el más insignificante de mis hermanos conmigo lo hicieron” (Mt 25,40). De esta manera, preparémonos para que en esta semana de “Acción de gracias”, podamos reconocer la bondad de Dios y nos dispongamos para dar gloria a su nombre. Que afortunados somos, ya que al aceptar por la fe a Cristo, nos hacemos ciudadanos de su Reino, no tenemos que conquistarlo, sólo abrírnos a la experiencia del Espíritu para que conscientes del don recibido vivamos en la alegría del servicio. Nuestra Señora, nos proteja y conduzca para escuchar y aceptar la voz de nuestro Rey.